

de largo recorrido –su finalización no la contempló el primer promotor–, concitó la presencia de numerosos maestros aragoneses y extranjeros y condicionó durante varios años las actuaciones en la catedral, pues al calor del retablo se planteó la construcción de un nuevo coro –para el que se fabricó un nuevo órgano–, que a su vez obligó a reformar la nave mayor del templo.

El propio Benedicto XIII financió la transformación de la cabecera de la iglesia, mediante la renovación de los antiguos ábsides románicos, recrecidos con aparejo de ladrillo, adornado con cerámica vidriada. La intervención de dicho espacio culminaría con la articulación de un nuevo cimborrio.

Precisamente, es la construcción de este elemento –tema que ha suscitado el interés de Ibáñez en otros trabajos– la empresa a la que los autores del libro han concedido mayor importancia; pues, como en el caso de otros conocidos castellanos, sufrió notables problemas de estabilidad, que motivaron continuas intervenciones y su sustitución por uno nuevo en el siglo XVI, modelo de otros aragoneses.

Junto a estas grandes promociones, Ibáñez y Andrés destacan algunas muy singulares, de las que en ocasiones presentan documentación gráfica novedosa. Es el caso del sepulcro de San Pedro de Arbués, del que se publican aquí varios dibujos del estado de la sepultura y de sus bultos y relieves a principios del siglo XVII. Reseñable es también la capilla del Arcediano, espacio casi cuadrado cubierto con cuatro bóvedas de crucería con terceletes, relacionables con actuaciones castellanas y aragonesas coetáneas.

A lo largo del texto se desgranar los nombres de los maestros encargados de todas estas obras, algunos suficientemente conocidos como Isambart, Jalopa, Maestre Hans, Antón Gomar, Pere Joan...; y otros, la mayoría, desconocidos fuera del ambiente aragonés, muchos de religión musulmana, sobre los que basculaba no solo el día a día del mantenimiento de la fábrica, sino algunas de las más destacadas y arriesgadas promociones arquitectónicas, muestra del prestigio que gozaban entre los comitentes.

En definitiva, un libro fundamental para el conocimiento del proceso constructivo de la iglesia mayor zaragozana en los últimos siglos del medievo que, merced al buen hacer y el conocimiento de sus autores, atentos a los deberes y haberes de las influencias artísticas, trasciende los estrechos límites locales.

LUIS VASALLO TORANZO
Universidad de Valladolid
vasallo@fyl.uva.es

María Victoria Herráez Ortega y Santiago Domínguez Sánchez, *La actividad artística en la Catedral de Toledo en 1418. El Libro de Obra y Fábrica OF 761, León, Universidad de León, 2017, 300 pp.*

DOI: <https://doi.org/10.24197/bsaaa.83.2017.312-313>

Los más antiguos libros de Obra y Fábrica que se han conservado en el archivo de la Catedral de Toledo corresponden a los años 1383 y 1418. En la presente obra se ofrece una transcripción completa del *Libro de Obra y Fábrica* de 1418. Corresponde a una etapa

constructiva previa a la llegada a Toledo de los maestros norteños Hanequín y Egas Cueman de Bruselas, por lo que su interés estriba en que ofrece un aspecto bastante exacto del conjunto catedralicio en ese año, coincidente en lo político con la muerte de la reina regente doña Catalina de Lancáster, cuya hermosa figura yacente se puede contemplar en la Capilla de los Reyes Nuevos.

La primera parte del libro recopila la actividad artística en la Catedral de Toledo en 1418. Se hace referencia al periodo del arzobispo don Pedro Tenorio (1377-1399), quien amplió el claustro –donde hizo la Librería– y fundó su capilla funeraria de San Blas, propiciando el nacimiento de un taller de cantería cuya actividad se prolongó en las primeras décadas del siglo XV. Embelleció la capilla mayor con un retablo mayor, encargado en 1387 al pintor Esteve Rovira de Chipre, e hizo construir el trascoro, en cuya hechura y relieves se deja ver la influencia del gótico italiano. Su sucesor, el arzobispo don Pedro de Luna y Albornoz (1403-1414), no llevó a cabo obras dignas de mención, pero su imagen y escudo pueden verse en la Costanera de Santa Lucía del presbiterio. La capilla funeraria de los Trastámara, fundada en 1374 por el rey don Enrique II, se seguía construyendo en dos tramos de los pies del lado del Evangelio.

El segundo apartado de la primera parte se centra en el *Libro de Obra y Fábrica* de 1418. Tres años antes había sido confirmado don Sancho de Rojas como arzobispo de Toledo por el Papa Benedicto XIII (don Pedro de Luna), tío del anterior arzobispo. El arzobispo Rojas formó parte del consejo de regencia durante la minoría del rey don Juan II y colaboró con rey don Fernando I de Aragón. Fundó en la catedral toledana su capilla funeraria de San Pedro, junto al costado oriental del claustro, encargando su construcción el maestro mayor Álvar Martínez. Su escudo figura en la portada de acceso y en la sacristía de dicha capilla, en los facistolos de la Librería, en el armario-relicario del Sagrario, en las vidrieras del presbiterio y en la puerta del Mollete. En dicho apartado se describe el sistema administrativo y se incluye la relación de los menestrales con sus nombres, ocupación y salarios: maestro mayor, pedreros, albañiles y carpinteros, iluminador, librero, pintores, plateros, sederos, vidriero, etc. Los siguientes apartados se ocupan de los materiales e infraestructuras, de la planta de la catedral y sus capillas y de los trabajos que se estaban realizando en 1418: edificio y ceremonias, claustro, puerta del Perdón, capilla de San Eugenio –entonces de San Pedro–, pavimento del templo, órganos mayores, vidrieras, platería y mobiliario.

La segunda parte del libro corresponde a la transcripción del *Libro de Cuentas de la Obra y Fábrica* de la Catedral Primada de 1418, la cual viene precedida de un índice de referencias que incluye una relación pormenorizada de artífices. Estamos, en fin, ante un libro de sumo interés para los historiadores del arte, pero también para los interesados en urbanismo, historia de la Iglesia, música, economía y en la situación social de religiosos, de administradores y de los “maestros e omes e mugeres e bestias que labran cada día en las obras de la cantera de Regachuelo e de la iglesia de Toledo”.

RAFAEL DOMÍNGUEZ CASAS
Universidad de Valladolid
rafael@fyl.uva.es